

cabeza para los militares y Alfonso XIII y, finalmente, cuando gane la partida, en un monumento nacional. Su gesto, terco y orgulloso, tiene algo de quijotesco. Alejado de su familia, privado de su sueldo de funcionario, viviendo de las colaboraciones en la prensa de América del Sur, paseando por los alrededores... imprimiendo una revista, *Hojas Libres*, donde publicaba romances satíricos bramando contra «los concejales de alquiler / patrioterros de entremés, / jaleadores del olé, / bravucones de burdel».

Sin embargo, a las pocas páginas caigo en la cuenta de que he comprado un diario literario. *El destierro de Unamuno* es un leit-motiv, un recurso para articular las páginas, siempre fugaces, del dietario. De vez en cuando, el autor hace referencia al destierro como en «Éxtimo», donde recoge una frase de una carta del filósofo a Gregorio Marañón cuando éste le envíe su libro sobre Amiel: «Qué han sido y son todos mis libros sino Diarios gritados en la plaza pública. ¿Íntimos? Más bien éxtimos».

En realidad, estas páginas, que van de una semana santa hasta otra, de Pascuas a Ramos, son las idas y vueltas en automóvil de San Sebastián a Guetaria, Bayona, Biriattou o Vera por el país del Bidasoa. El autor recorre calles, jardines y plazas, playas y acantilados, vagabundeando por los villorrios franceses. Unas veces se detiene a contemplar los surfistas en la playa, otras se sienta en un café, va al

dentista, cuestiona el nombre de una plaza dedicada a Eva Forest, visita un centro para recuperación de parapléjicos en un viejo balneario, describe la arquitectura moderna de una colonia art-decò o recuerda la ocupación nazi de Hendaya.

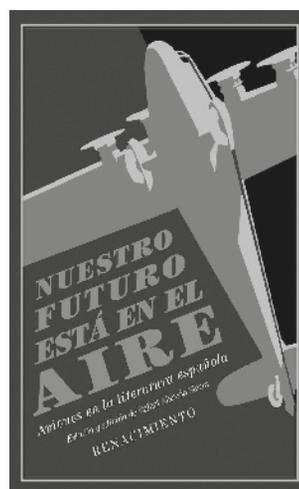
Unas veces comenta películas que, por un motivo u otro, ve, como *El rayo verde* de Eric Rohmer o *Luz de invierno* de Bergman. Otras veces no olvida anotar que ha visto en la tele francesa una entrevista de Marina Rossell a Georges Moustaki. O que ha ido al teatro a ver un espectáculo de El Brujo. De repente, en la radio, suena el *Cuarteto para el fin de los tiempos* de Olivier Messiaen y le evoca que fue compuesto en un *stalag* durante la segunda guerra mundial.

El tono del diario es contenido —frases cortas, palabras comunes, digresiones cultas, secas y breves, escenarios modestos— puede recordar al de los diarios de José Carlos Llop, y es su principal acierto. Sin embargo, se echa en falta algo más de intimidad —con quién vive el autor, en qué trabaja— y a ratos parezca algo gratuito, como convocar una ouija, ir de visita a los escenarios en que ocurrieron los hechos unamunescos.

Para los lectores de Unamuno el premio es encontrar algunos retratos fotográficos memorables y valiosos comentarios sobre esos extraños años vividos en la frontera. Y como complemento, siempre se puede volver a leer *Cómo se*

escribe una novela, ese texto anormal, incluso para los cánones de una heterodoxo como Unamuno, escrito en París, extraviado y vuelto a la vida, en otro errático viaje de una lengua a otra.

JAIME MATAMOROS



VV. AA.

Nuestro futuro está en el aire. Aviones en la literatura española (hasta 1936)

Edición de Rafael Alarcón Sierra

Renacimiento, Sevilla, 2020

Porque Nuestro futuro está en el aire

El título de este volumen, de significado ambivalente y que parafrasea a Picasso, resulta muy similar a los primeros pasos de la aviación, pues allá por la segunda mitad del s. XIX el progreso del hombre discurría paralelo al desarrollo de

nuevos medios técnicos, de comunicación y de transporte; se iba a facilitar la futura globalización, con el automóvil, el teléfono y el avión como enseñanzas. Aunque, sin duda, tuvo gran importancia la carrera por la conquista del aire, que se fue desarrollando y perfeccionando a partir de 1900, con nuevos experimentos para tratar de volar en aparatos más pesados que el aire, autopropulsados y dirigidos. De ahí que fueran muchas las personas que se congregaron alrededor de los nuevos retos y conquistas, teniendo en cuenta que no fueron pocos los españoles involucrados en la consecución de muchos de los primeros hitos de la aviación: desde el primer vuelo transoceánico entre continentes, a bordo del Plus Ultra, al origen del autogiro de Juan de la Cierva, y aquello, parece lógico, tuvo repercusión en nuestra literatura de entonces.

Por otra parte, en este periodo se idolatrarón las cualidades y el riesgo del piloto, aunque, como refiere el autor «volar pasó de ser un sueño milenarío a convertirse en una experiencia banal»; asimismo surgieron nuevas imágenes para representar la original y novedosa aventura.

De estos pormenores, pero de forma mucho más extensa, el profesor de Literatura Española de la Universidad de Jaén, Rafael Alarcón Sierra, ha abordado la presencia del avión en la literatura española en la

antología *Nuestro futuro está en el aire*, en la que recoge una selección de textos de relevantes autores españoles que supieron describir, mejor que nadie, lo que suponía volar en el primer tercio del siglo xx. Esta antología, primorosamente anotada, pero con un lenguaje sencillo y en absoluto perturbador (a pesar de la erudición que se advierte), va precedida de un extenso y riguroso estudio que nos introduce en el mundo de la aviación desde su origen, e incluye los casos particulares de la aviación mundial y de la española que en ocasiones caminaban (o, en este caso, volaban) a la par. Además, se agradecen las explicaciones, porque ayudan a elegir qué leer, si fuera el caso.

No debo descuidar el buen trato que se le ha dado a la edición impresa pues, además de que la ilustración de la cubierta ha sido un acierto, la elección de un papel suave y sin transparencias, así como una tipografía clara o la inclusión de la estampación en color de las cubiertas de las primeras ediciones de los libros de procedencia de los fragmentos, invitan a la lectura. En definitiva, estamos ante una libro primorosamente editado.

A lo largo de los nueve epígrafes del estudio aborda los vuelos imaginarios, pasa por los vuelos en globos aerostáticos y zepelines, hasta adentrarse en el vuelo en avión y, seguidamente, llega a la edad de oro de la aviación. Si bien estos primeros apartados se corresponden con el tablero de juego

de este trabajo y será del gusto de los amantes de la aviación, como de cualquier lector que pretenda leer la selección en su contexto, a partir de aquí la perspectiva es más literaria, pues analiza la presencia del avión en el futurismo y la narrativa de vanguardia, y ya, de forma continua, prosigue con las primeras novelas que lo adoptan como tema y con el papel que jugó en la Gran Guerra. Termina con los escritores como protagonistas, pues en algún caso volaron y gracias a ello pudieron narrar, en primera persona, las virtudes de esta nueva empresa que estaba de actualidad.

Hace algunas observaciones de lo más interesantes, pues advierte del rápido desarrollo del aeroplano, de forma que se convierte en un elemento popular y fue adoptado fácilmente como icono de modernidad. No obstante su participación en las tan destructivas guerras de la época «hicieron perder toda inocencia al hecho de volar e iniciaron un nuevo tiempo para la aviación». En este último caso se recogen ejemplos de Ricardo León, Azorín o Valle Inclán, que mostraron la importancia del aeroplano.

Los textos han sido extraídos de crónicas, artículos y novelas, y los reagrupa siguiendo un criterio similar a la introducción, tal que facilita la relación entre ellos y el estudio previo, aunque están entrelazados de tal forma que modelan el conjunto.

Para los primeros seleccionados recurre a crónicas y reportajes, y no por ello son los menos trascendentes, pues incluyen unas de las más bellas palabras acerca de los inicios de la aviación, como las de Jacinto Miquelarena: «Yo no sé de ningún acto de valor que pueda compararse al de los que lanzaron su corazón al aire y se fueron luego en su busca». Ahora bien, el entusiasmo lo pone el relato de César González-Ruano, por la hazaña del «Dornier 16».

Prosigue con las primeras novelas que toman como tema principal el mundo de los pioneros del aire, abordándolo de manera muy diferente. Incluye a Francisco Camba o a Concha Espina, «seguramente la primera escritora española que realizó un vuelo en un monoplano», allá por 1916. De Concha Espina recoge sus propias impresiones de vuelo con tono «poético y ambiguo», que convierte en un momento fascinante: «Sobre el agua movable de los ojos azules pasan las emociones fulgurantes, enloquecidas, empujadas unas encima de las otras por la trémula mano del recuerdo, y la memoria es un ancho camino por donde se deslizan las imágenes de aquella breve existencia, desde los días de libertad y de salud hasta las horas oscuras de la invalidez». Además, con sus comentarios, Alarcón Sierra consigue que deseemos leer a los autores incluso más allá de esta antología.

Prosigue con un paréntesis con la narrativa de

vanguardia para abordar, fundamentalmente, crónicas y reportajes de la Gran Guerra. Uno de los cronistas, Valle-Inclán, que relata una serie de anécdotas, incluye la relativa a su experiencia de vuelo.

En los años veinte y treinta el avión inunda la narrativa, de ahí que destaquen los autores vanguardistas. No podían faltar greguerías de Gómez de la Serna, y entre las muchas seleccionada me quedo con esta: «El caballo alado era superior al avión, porque después de aterrizar se podía hacer la visita a la población montados en él». Ahora bien, un acierto ha sido utilizar el relato de Pemán, en su propósito satírico y político, a propósito del héroe del Plus Ultra, Ramón Franco, que: «Tenía orden de sus jefes de ir a Oviedo. Y él fue a Oviedo; pero fue pasando por las Azores. Llegó hasta las islas, tiró sobre ellas una tarjeta de visita con el pico doblado, viró y siguió para Oviedo».

La selección conforma un grupo de nombres y de textos lo suficientemente amplio y representativo como para dotar de coherencia y sentido a esta primera aproximación de conjunto a un tema apasionante; y pone a nuestra disposición escritos de difícil obtención, con la particularidad de que quien solo quiera leer relatos acerca de la aviación los tendrá seleccionados. No quiere decir, no obstante que cualquier otro lector no pueda disfrutar de la

sensualidad o el amor, y de la épica, la emoción o el humor (la sátira y la ironía), de este florilegio, con la ventaja de que gozan de autonomía.

Como nos presenta los textos casi de forma evolutiva en el tiempo, el tratamiento del tema coincide, en gran parte, con la evolución de la literatura de la época y con el trato de las imágenes y los temas: el culto a la velocidad aérea, el espacio y el tiempo, la técnica o el avión, que se convierten en nuevos elementos de belleza. Demuestra que la aviación era un tema antes de que la vanguardia lo aceptara y utilizara como tal. De ahí que Alarcón Sierra indique que en España, las primeras novelas que trataron el mundo de la aviación, aprovecharon «unas fórmulas narrativas aún tradicionales, deudas de un realismo barnizado con algunos hallazgos modernistas», refiriéndose en este sentido, al libro de crónicas de González-Ruano, *Un español en Portugal*. Aunque apunte, acudiendo a César Vallejo, que «no es el tema sino la manera de producirlo lo que lo hace ser novedoso». Aparecen los nombres y la impronta de D'Annunzio y Marinetti, fiel reflejo de lo que sucede en la época y en esta antología.

No falta que Luis de Oteyza se hubiera retratado con Antoine de Saint-Exupéry en el aeródromo de Cabo Juby, entonces plaza española, o que a César Ruano le pesara, con humor, la falta de

cantinas en el cielo, aunque ya estaba Ramón Gómez de la Serna para confiar en su implantación con la definitiva estabilidad de la aviación.

Seguramente sean lecturas esperadas las de Chaves Nogales, que realizó varios viajes y los relató en primera persona. Estuvo en el regreso de la travesía del Atlántico del Plus Ultra y en los homenajes posteriores; también sobre la línea aérea Madrid-Lisboa-Sevilla, y poco después dio un paso más al informar, con todo lujo de detalles, de la llegada a Lisboa de la aviadora norteamericana Ruth Elder.

Total, un completo compendio de atrayentes lecturas acerca de los inicios de la aviación; cuando volar era una motivación especial.

Finalmente, al hablar de un periodo en el que imperaban los ismos, tenemos que agradecer al compilador que haya descubierto para el lector el «avionismo».

JOSÉ F. DÍAZ ALONSO



Nieves Vázquez Recio

Tierras raras

DALYA, Cádiz, 2019

Un libro sobre el dolor

Hermanas una de la otra son la enfermedad y la incertidumbre. Y pudiera ser paradójico que la incertidumbre que coloniza al enfermo cuando cae enfermo, continúe instalada en él cuando la enfermedad ya ha pasado definitivamente de largo, pero no lo es. Quien ha sufrido un grave contratiempo físico, una de esas tensiones extremas que lo hacen zozobrar y lo ponen al borde mismo del hundimiento final, difícilmente volverá a navegar como antes de la enfermedad lo hacía por las aguas tranquilas de la vida, acaso porque como dijera Soledad Puértolas (en «Locos y enfermos», breve ensayo recogido en el libro *Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*) la enfermedad está reñida con la vida común, la vida de los otros, los sanos.

Cómo hablar de la enfermedad, cómo hablarle a la enfermedad. Si dejamos a un lado los informes o historiales clínicos y las conceptualizaciones técnicas u objetivistas de quienes profesionalmente se dedican al estudio, diagnóstico y tratamiento de los enfermos —y no porque algunos de ellos, como los de Sigmund Freud o los del célebre neurólogo Oliver Sacks, no puedan leerse como auténticos relatos literarios, pues en palabras de Juan José Millás «el historial clínico es pura literatura, con independencia de que tenga también sus virtudes científicas»— y nos centramos en la perspectiva de los auténticos cultivadores de la literatura, inmediatamente se nos vendrá a la cabeza multitud de libros que en sus diversos géneros (desde la novela al relato, pasando por la poesía e incluso el dietario) han tenido como motivo o pretexto ese lugar muchas veces irreparable que es la enfermedad, el dolor o el trastorno. *Un caso clínico*, de Dino Buzzati, *El hombre de la flor en la boca*, de Pirandello, *La muerte de Ivan Ilich*, de Tolstoi, *La montaña mágica*, de Thomas Mann, *Diario del hombre pálido y Piel roja*, de Juan Gracia Armendáriz, el clásico *Anatomía de la melancolía*, de Richard Burton, *La enfermedad y sus metáforas*, de Susan Sontag, *El himno al dolor físico*, de Rudyard Kipling (por citar solo unos pocos de los muchos títulos en los que ahora pienso), servirían como breve muestra de las diversas y complejas